

La contemplación en el tiempo de la ciencia*

En el mundo en que vivimos, cada vez más configurado por la ciencia e invadido por la técnica, el tema de la vida espiritual se plantea en términos y en un contexto muy diferentes al de otros tiempos, respecto a las condiciones de vida y a los modos de pensar. En una palabra, se podría decir que antaño vivíamos en el seno de la naturaleza y conformándonos a ella; hoy, ciencias y técnicas nos fabrican un mundo a su medida, cada vez más mecanizado, empleando las leyes de la naturaleza para dominarla y utilizarla. El trabajo hecho por el hombre parece haber reemplazado a la creación, hecha por Dios. Una nueva representación del mundo, que pretende ser rigurosa y eficaz, ha penetrado en nuestra vida cotidiana. De ahí que nos cuesta algún trabajo seguir comprendiendo todavía las doctrinas espirituales antiguas y aplicarlas. Es menester una comparación entre el mundo espiritual y el universo de la ciencia para evitar una oposición nefasta entre esas dos visiones, que conduciría a la eliminación de una o de otra, y también con el fin de discernir las posibilidades de concordancia y de colaboración. Fascinados por la aureola de la ciencia y acaparados por nuestros trabajos, arriesgamos, en efecto, perder el sentido mismo de las realidades espirituales y agotar en nosotros las fuentes de la vida interior.

I- El ocaso de la contemplación en la época moderna

El problema planteado es vasto; lo abordaremos con una reflexión

* El Autor es sacerdote dominico. Profesor de Moral. Reside en Friburgo, Suiza. Traducido de *Nova et Vetera* 69 (1994), n° 2, pp. 129-141, Éditions Saint-Augustin (Suiza). Tradujo P. Luis M^a Gasparotti, osb (Abadía de Santa María, Los Toldos).

sobre el rol de la contemplación. En la mayoría de las corrientes espirituales y teológicas, la contemplación era presentada antiguamente como la parte superior y principal de la vida cristiana. Ya en el Nuevo Testamento, la contemplación del misterio de Cristo exige una conformación a su persona que es precisada en la catequesis moral. En teología, el predominio de la contemplación o de la acción es un asunto de controversia. Recordemos que Santo Tomás, a diferencia de San Buenaventura, concibe la teología como una ciencia más especulativa o contemplativa que práctica, porque ella considera principalmente las realidades divinas y, en segundo lugar, las acciones humanas para ordenarlas al perfecto conocimiento de Dios, en el cual reside la felicidad eterna (Ia. q. 1, a. 4). Muchas escuelas espirituales concederán igualmente la primacía a la vida contemplativa o mística, ejercitada particularmente bajo la forma de oración; pero el debate se renovará regularmente, especialmente considerando la primacía de la caridad y las exigencias del amor al prójimo.

La época moderna ha conocido una reacción antimística bastante general. Las corrientes predominantes, después del Concilio de Trento, ponen el acento sobre el lado práctico y activo de la vida espiritual, en la meditación y en los ejercicios, y la orientan hacia la ascesis comprendida como una disciplina voluntaria. Se desconfía de una contemplación que dependa de gracias extraordinarias y exija la pasividad interior. Este concepto de la espiritualidad concuerda bien con la mentalidad de la época, en la que se impone cada vez más el ideal de una razón que se siente, en adelante, capaz de penetrar en los secretos de la naturaleza y de transformarla por su actividad. La ciencia, también ella, se aparta de la contemplación, sea religiosa o filosófica, para consagrar todos sus esfuerzos a la investigación experimental y a los inventos prácticos. De este modo, a la edad de la contemplación que miraba el mundo con admiración en cuanto obra de Dios, sucede el tiempo de la ciencia que lo observa para descubrir sus leyes y utilizarlas al servicio del hombre.

El concepto ascético de la vida espiritual es conveniente para enseñar al hombre moderno la disciplina necesaria en la práctica de la ciencia y en su utilización. Está emparentado con el espíritu científico por su fin y sus medios: establecer el dominio de la razón sobre la naturaleza humana, movida por los instintos del cuerpo y los impulsos de la sensibilidad, movilizandole las fuerzas de la voluntad con ayuda de ejercicios apropiados que forman una especie de técnica espiritual. Mal se ve cuál puede ser la contribución de la pasividad contemplativa en esta tarea, y se llega fácilmente

a desconfiar de caminos que no pueden ser controlados por la estricta razón.

Por lo tanto, se podría creer que de ahora en adelante la contemplación es desechada por el espíritu moderno, tanto en el orden espiritual como en el trabajo científico. Sólo subsistiría como vestigio del pasado en ciertos claustros, tales como esos castillos cuyas ruinas conservamos y que inspirarán a Teresa de Ávila en la descripción de sus ascensiones místicas.

1- De la contemplación mística a la contemplación científica

Este modo de ver es por demás simple. La aspiración contemplativa, que nutre el deseo del saber puro, no ha desaparecido de ninguna manera de nuestro mundo, sólo ha cambiado de orientación y de objeto adoptando otro método. La ciencia ya no contempla el cielo ni las obras de la naturaleza para discernir las huellas de Dios y descubrir los caminos que conducen hacia Él; ahora fija su mirada en la materia, mediante la experiencia sensible, y la escruta cada vez más con los instrumentos que ella inventa, ya sea en la tierra con los microscopios o en el cielo con los telescopios y los satélites. La contemplación mística ha sido sustituida por la contemplación científica. Y hasta podemos reconocer fácilmente en esta última la sed de infinito que animaba a aquélla, en el movimiento incoercible que impulsa a los sabios, sea cual fuere su ámbito, a traspasar los conocimientos adquiridos, a buscar siempre más allá, más y más lejos. La ciencia se ha convertido realmente para muchos en una mística.

Podemos, pues, decir que las ciencias representan, en nuestro tiempo, la dimensión contemplativa de la vida humana como una búsqueda de la verdad por sí misma, mientras que el trabajo por medio de la técnica constituye la dimensión práctica.

2- La inteligencia contemplativa

Inspirándose en Aristóteles, Santo Tomás ya había reconocido claramente, en su estudio de la vida contemplativa y activa, la doble dimensión constitutiva del espíritu humano. Estas dos formas de vida están basadas

en la doble función de la inteligencia humana: según el intelecto especulativo, cuyo único propósito es el conocimiento de la verdad, y según el intelecto práctico cuyo fin es elaborar la acción (Ia. IIae. q.179, a.2).

La variedad de los términos empleados deja intacto lo esencial. Tomás emplea preferentemente «contemplación» cuando explora la doctrina de un espiritual, como Gregorio Magno (q.179, a.2); se sirve de la expresión «intelecto especulativo» cuando se apoya en Aristóteles (Ia. q.79, a.11). En otra parte, al estudiar el actuar moral, hablará de la razón especulativa y de la razón práctica. Mencionemos también la denominación «razón teórica». El rasgo común a estos términos reside en su relación con la mirada que contempla, observa, o examina y escruta, según el matiz que comporta el término «especulativo». Esta constatación nos indica la experiencia concreta, que está en el origen de este vocabulario. Es por la mirada que nosotros captamos la forma, el número, la medida, la belleza y la calidad de las cosas y de las personas. También es por el encuentro de las miradas que se concibe el amor y que se lo mantiene. La mirada contemplativa no es tan pasiva como suele pensarse: es por ella, en primer lugar, que el espíritu y el corazón son tocados e informados, y que se engendran en nosotros las primeras energías, fecundadas por lo que nuestros ojos han visto.

La contemplación no está limitada a la vida religiosa. Procede de una inclinación constitutiva de nuestra inteligencia —el deseo de conocer, la curiosidad por la verdad, el atractivo de los seres— que nace con la mirada y suscita una búsqueda sin fin. Tal es la admiración que Aristóteles coloca en el origen de la filosofía y de las ciencias; tal fue el amor a la verdad que inspiró la labor teológica de Tomás de Aquino y cuyo término éste fijó en la visión de Dios.

3- Distinción entre la contemplación espiritual y la contemplación científica

Henos aquí de nuevo ante nuestro problema: ¿qué es lo que distingue la contemplación de los espirituales de la contemplación o de la especulación científica? La respuesta a esta pregunta determinará el lugar que puede aún ocupar la vida contemplativa en nuestro mundo, así como su relación con la vida activa.

Tres elementos nos parecen esenciales en el orden de la contemplación: en primer lugar, es una mirada que tiene por objeto cierta experiencia de lo real, captado a partir de cierta posición o actitud de aquel que busca conocer. Este último elemento es decisivo para nuestra pregunta.

La «contemplación» científica moderna procede, en efecto, de una toma de posición del hombre ante el universo. Esta revolución, podemos llamarla así, ha intervenido desde el siglo XVII con el empleo sistemático del método experimental. De ahí en adelante la mirada se concentra en la experiencia sensible, controlable por la repetición y mensurable por las matemáticas, y de este modo limitada al orden de la cantidad según el espacio y el tiempo. La posición adoptada es característica: es la actitud del observador que se coloca a distancia del objeto para examinarlo, y ante él desaparece en cuanto sujeto, a fin de obtener un conocimiento tan exacto y riguroso como sea posible. Tenemos entonces que ocuparnos de un mirar desde fuera, procurando un conocimiento que seguirá siendo siempre exterior, la mirada descansará sobre lo que aparece y que denominamos «fenómenos». Esta exterioridad, que crea la oposición entre sujeto y objeto, es característica de la «contemplación» científica.

La observación de la naturaleza física se presta inmejorablemente a tal método, pero las cosas se complican cuando la mirada es llevada sobre el hombre y busca penetrar en él, en su psicología. Aquí el método de las ciencias experimentales muestra sus límites. Tropieza, en efecto, con la pregunta: ¿se puede alcanzar por una observación desde fuera lo que forma la interioridad del hombre: el corazón y el espíritu, la libertad, el amor, el bien y el mal, la virtud y el pecado, todas las cualidades y los movimientos propios de la vida espiritual? Para penetrar en el interior del hombre ¿acaso no se tiene necesidad de otro mirar, de otro género de contemplación, de una actitud y de un método diferentes, que procuren otra forma de conocimiento?

II- La contemplación espiritual

Volvamos, pues, hacia la contemplación espiritual. Estamos invitados a un verdadero redescubrimiento. La contemplación, aquí, se desarrolla en el seno de la experiencia interior que se forma en cada hombre en contacto con el mundo, con los demás y a la escucha de la Palabra de Dios. Nace de

un mirar que está en el centro de esa experiencia, en la intimidad de la persona y de su compromiso. Ya no se trata de repetidas experiencias sobre una materia ajena, sino de la experiencia específicamente humana que lentamente se desarrolla y madura en nosotros en el corazón de la vida, si ésta es llevada juiciosamente.

El método que se impone aquí ya no es la observación a distancia, sino la reflexión sobre nosotros mismos para penetrar en lo profundo de nuestra interioridad activa, para alcanzar allí, desde lo más cerca posible, la fuente espiritual que nos alimenta, no con la finalidad de apoderarnos de ella, sino para abrimos a su surgimiento con lucidez y disponibilidad crecientes. La fuente es exactamente el espíritu en nosotros; éste se manifiesta en el soplo que forma la palabra y en la inspiración que anima la acción.

La contemplación espiritual se desarrollará mediante ejercicios apropiados. Para iniciarla y mantenerla, tenemos necesidad de objetos concretos y ayudas tangibles, recordar los acontecimientos y las acciones en donde se refleja nuestra interioridad, meditar los textos y escuchar las palabras que nos despiertan a la luz de Dios, entrar en contacto con personas que nos sirven de guía por su experiencia y de modelo por su ejemplo.

De este modo la contemplación se elabora «como en un espejo», por una reflexión atenta y regular que asciende desde la experiencia hacia la luz. Este trabajo exige, a su modo, tanta paciencia y dedicación como la ciencia, pero presupone siempre un cierto mirar primitivo que podríamos llamar un chispazo de inteligencia y de fe, porque él forma la fe. Es muy difícil definir este primer mirar, único en su género, a causa de su densidad y de su luminosidad. En lenguaje escolástico se lo llamaría la intuición del primer principio; pero nada tiene de abstracto. Es como un mirar nuevo sobre una persona que se descubre, en un instante privilegiado, y luego se oculta, provocando el deseo de ser mejor vista y mejor conocida. Tal fue la iluminación de Milán que nos relata Agustín en las *Confesiones*:

«...Entré en mi interior guiado por Ti... y vi con el ojo de mi alma... una luz inmutable... Quien conoce la verdad, conoce esta luz, y quien la conoce, conoce la eternidad. La caridad es quien la conoce» (VII,10,16).

1- El mirar contemplativo en la Biblia

Para ilustrar la andadura de la contemplación, valdrá la pena estudiar

el tema del mirar y de la visión en la Biblia. He aquí algunos de sus elementos, como un inicio de reflexión.

Es notable que el relato del *Génesis* esté escandido por la mención del mirar de Dios sobre su obra. A partir del primer día, dice: *Dios vio que la luz era buena* y luego regularmente, después de la obra del día, vuelve la fórmula: *Dios vio que era buena*. Por último, como conclusión, después de la creación del hombre y de la mujer a su imagen: *Dios miró todo lo que había hecho, y vio que todo era muy bueno*. ¿No es ésta, para nosotros, una invitación a tomar parte en la contemplación divina, a mirar la creación para admirar la bondad del Creador? Este mirar es más profundo que el de la ciencia que se restringe a las manifestaciones sensibles para medir su cantidad y utilidad. Aquí la contemplación se dirige ante todo a la calidad, a la bondad y la belleza, sobre la persona tras las apariencias; encuentra su lugar en la mirada del hombre y de la mujer cuando descubren en ellos la imagen de Dios, a la luz que ilumina su corazón para conducirlos hacia Aquel que los hizo.

En el relato de la caída, la mirada desempeña igualmente un papel decisivo. El tentador promete a Eva que *sus ojos se les abrirán y serán como dioses, conocedores del bien y del mal*. La mujer sucumbe porque *ella vio que el árbol era apetitoso para comer y agradable a la vista*. Cuando ella hubo comido con su marido *sus ojos se abrieron y ellos se dieron cuenta de que estaban desnudos*. Por lo tanto el mirar puede hacernos coger con el bien y conducirnos a Dios, o inclinarnos al mal por la seducción de una apariencia de bien, como fue, en los orígenes, la esperanza de llegar a ser como dioses, dueños del bien y del mal. Esta tentación de orgullo permanecerá presente en la contemplación espiritual y en el conocimiento científico, que proporciona al hombre el sentimiento de haberse convertido en un *demiurgo*.

En la referencia al relato del *Génesis* que hace san Juan al comienzo de su Evangelio, volvemos a encontrar mención de la mirada contemplativa. El Verbo que es la luz verdadera y que ilumina a todo hombre, *habitó entre nosotros y nosotros hemos visto su gloria... Nadie ha visto jamás a Dios; el que lo ha revelado es el Hijo único...* Todo el cuarto Evangelio está colocado en esta perspectiva y nos invita a contemplar las palabras y las obras de Jesús, como signos para iluminar nuestra fe.

En la vocación de los apóstoles, finalmente, parece asimismo que la mirada ha desempeñado un papel determinante: la mirada de Jesús a cada

uno de ellos y la mirada de ellos a Él. A los dos discípulos del Bautista a quienes éste les señaló a Jesús como el Cordero de Dios, éste último responde: *Vengan y lo verán*. Luego acogiendo a Simón traído por Andrés, Jesús lo mira antes de decirle: *Tú te llamarás Cefas*. Finalmente la confesión de Natanael es causada por las palabras de Jesús: *Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi*. Este intercambio de miradas con Jesús ¿acaso no nos explica la prontitud de la respuesta de los apóstoles que relatan los Sinópticos: *Ellos, en seguida, dejando la barca y a su padre, lo siguieron*?

Estos modelos nos dejan entender que toda vocación cristiana empieza por una cierta mirada de Cristo dirigida a aquellos que llama, acompañando su Palabra. Esa mirada es el punto inicial gracias al germen de la contemplación sembrado por los ojos y por los oídos; se desarrolla luego en la fe por la búsqueda del rostro del Señor y por la conformación de nuestro rostro interior al suyo.

2- La ciencia y la sabiduría. Objetividad y universalidad

Henos aquí entonces en presencia de dos tipos de contemplación, de dos actitudes y de dos miradas sobre lo real, produciendo dos formas de conocimiento: una es la ciencia y la otra, la sabiduría.

No podemos entrar en el detalle de una comparación entre ambos. Digamos simplemente que volvemos a encontrar aquí las diferencias entre el conocimiento moral y el conocimiento positivo de las ciencias, que hemos establecido en *Las fuentes de la moral cristiana* (cap. III). La sabiduría, adquirida por una reflexión sobre la experiencia personal y aprehendiendo las cosas a partir de la interioridad que las forma, es un saber dinámico, pues ilumina nuestro actuar, con todo lo que le concierne, desde su causa agente, en nuestra libertad, hasta su fin último en la visión amante de Dios.

La sabiduría es, por tanto, un conocimiento fundamentalmente personal, a diferencia del conocimiento científico que hace abstracción de lo referente a la persona. De ello se ha deducido que este tipo de conocimiento, de orden espiritual y sobre todo místico, no poseería la objetividad y la universalidad reivindicadas por la ciencia, y que este género de saber sería puramente subjetivo e incommunicable. De hecho, el conocimiento sapiencial

sí posee su objetividad y su universalidad; pero éstos son de otra naturaleza.

La sabiduría es objetiva porque reúne el amor de la verdad y el amor de amistad, que es el amor propiamente dicho. Contempla y escruta su objeto conociéndolo y amándolo en sí mismo, regocijándose de lo que él es y según su mejor bien, en la lucidez del espíritu y la pureza de la intención. Aun teniendo en cuenta todas las diferencias y las distancias, la sabiduría no opone el sujeto al objeto, sino que los reúne en una mirada de benevolencia y de conveniencia. De este modo un amigo comprende a su amigo gracias a la reciprocidad de una apertura íntima, que les permite conformarse el uno al otro y ayudarse según lo que son y pueden llegar a ser. Estamos, pues, ante una objetividad dinámica, ordenada a la verdad y al bien de las personas hasta en sus relaciones con el mundo exterior. Por lo tanto, puede sostenerse que los verdaderos contemplativos son los más objetivos de los hombres en sus relaciones con los demás y con el mundo a causa de la pureza de su mirar y de la rectitud de su amor.

Tal es la objetividad que nos enseñan los libros sapienciales y luego la catequesis apostólica, conformándonos con la sabiduría personificada que los cristianos identificaron con Cristo.

El conocimiento espiritual posee también su universalidad; pero es de un género particular. La sabiduría, en efecto, reúne dos extremos: se forma en lo secreto del corazón, en aquello que cada uno tiene de propio y único, y precisamente por eso, cuando ella se expresa, consigue conmover a las personas mucho más profundamente de lo que lo hace cualquier obra científica. Hasta puede decirse que cuanto más personal es una obra, como los relatos de conversiones y los testimonios de vida, tanto más probabilidad tiene de obtener una audiencia amplia y duradera; en ella muchos se reconocen a sí mismos, y descubren en el autor un amigo cercano. En suma, ¿hay algo más personal que el Sermón del Señor, por la afirmación: *Y yo, les digo...*, y por el estilo tan concreto en sus ejemplos que es casi inimitable? Sin embargo, ¿qué discurso ha obtenido jamás semejante irradiación?

3- Análisis y síntesis

Anotemos una última propiedad de la sabiduría. A diferencia de la ciencia que para analizar su materia la descompone en sus más pequeñas

partes, y al progresar se fragmenta en especializaciones cada vez más precisas, la sabiduría –incluso cuando recoge los múltiples conocimientos aportados por las ciencias– los refiere siempre al centro en donde ella permanece, a nivel del espíritu, en la inteligencia del corazón, más allá de la razón racionante. En este lugar interior es donde la sabiduría se desarrolla por un continuo trabajo de síntesis, comparable con una rumia y con una digestión, pero que se realizarán en la luz. La sabiduría es activa por su labor de reflexión y de asimilación basadas en la experiencia, y contemplativa por su atención a la luz superior que ahí preside y a las ideas ordenadoras que emergen ante sus ojos.

El crecimiento de la sabiduría no puede verificarse, como en las ciencias, mediante exámenes, pruebas, medidas y cálculos. Ella progresa por la maduración que se inscribe en la duración vital, diferente del tiempo mecánico; tiene sus etapas y sus estaciones, como los organismos vivientes, tal como se desarrollan también las virtudes en el corazón y en el espíritu. La sabiduría se manifiesta por su fecundidad y, llegado el tiempo, por la excelencia y el sabor de sus frutos para quien los sabe apreciar, pues es necesario tener el gusto formado. *Ustedes los reconocerán por sus frutos*, nos dice el Señor.

III- El progreso de la sabiduría

Comienzo de la sabiduría es el temor del Señor, y la ciencia de los santos es la inteligencia (Pr 9,10). El temor del Señor instruye en sabiduría; y delante de la gloria va la humildad (Pr 15,33). Plenitud de la sabiduría es temer al Señor, ella les embriaga de sus frutos (Si 1,16).

Podemos describir el progreso de la sabiduría en conexión con el crecimiento de la caridad, pues ésta crea en nosotros una connaturalidad con las realidades divinas, necesaria para poder juzgar de ellas y a ellas ordenarnos. Por eso es que Santo Tomás asocia el don de sabiduría –la cual, sin embargo, tiene asiento en la inteligencia– con la virtud de la caridad. En esto vemos íntimamente unidas la acción formada por la caridad y la contemplación. Consideraremos el progreso de la contemplación siguiendo las tres etapas conocidas: los principiantes, los proficientes y los perfectos o adultos.

En los textos que acabamos de citar, el temor de Dios está colocado al

comienzo y al final del camino de la sabiduría. El temor no designa solamente, en la Escritura, el pavor ante la omnipotencia divina o la amenaza de castigo. Es un sentimiento más rico, que se desarrolla y transforma con el progreso de la caridad. Se podría definir como el sentimiento de la presencia de Dios. Comprende dos fases. Por un lado, contiene un pavor sagrado porque esta presencia nos hace tomar conciencia de nuestra condición de criatura, de nuestra nada, así como de nuestro estado de pecado, tal como exclama Isaías, en el momento de su vocación, ante la santidad de Dios: *Ay de mí, estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros* (6,5). Igualmente Simón-Pedro, bajo el impacto de la pesca milagrosa cae a los pies de Jesús diciendo: *Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador* (Lc 5,8). Pero por otro lado, la presencia de Dios causa paz y alegría, porque Él nos ofrece su misericordia y nos invita a la esperanza con sus promesas. Tal es el comienzo de la vida espiritual que deposita en nosotros el germen de la contemplación: un cierto encuentro con Dios que se manifiesta en lo íntimo del alma y nos hace ver quién es Él y lo que somos nosotros, que estamos muy lejos de Él y muy cerca, porque Él viene hacia nosotros y nos llama hacia Él.

1- El aprendizaje espiritual

La primera etapa de la formación espiritual consiste en entrar en la escuela de un maestro y ejercitarse en la práctica de una disciplina de vida. Tendrá como primer objetivo el combate contra los defectos. *Para aprender sabiduría e instrucción, para estudiar los discursos profundos... escuchen, hijos, la instrucción del padre, estén atentos para aprender inteligencia, porque es buena la doctrina que les enseño* (Pr 1,2; 4,1-2). La búsqueda de la sabiduría comienza, así, por un acto de fe y de confianza en un maestro que Dios nos propone, en el marco de una escuela espiritual, para llegar a ser discípulos dóciles e inteligentes. Es una forma de noviciado. Para este aprendizaje, nuestro mejor manual es la Sagrada Escritura, con los comentarios de aquellos que se han alimentado de ella y han hecho fructificar la Palabra de Dios en sus vidas, eventualmente bajo la forma de Reglas y de tradiciones religiosas.

San Agustín, comentando las bienaventuranzas, en las cuales ve descrito el itinerario de la vida cristiana, pone en la base y en la partida del

encaminamiento espiritual la humildad, significada por la pobreza de espíritu de la primera bienaventuranza, que nos coloca en la escuela de la humildad misma del Verbo encarnado. La segunda bienaventuranza nos vuelve mansos, es decir, dóciles a la Escritura, aun cuando ésta nos acuse y nos muestre nuestro pecado.

Esta primera etapa comporta también la iniciación en el combate espiritual, primero en la conducta exterior y, luego a nivel del corazón, en donde se desarrolla la lucha principal. Para esto, nos es necesario aprender los rudimentos y las primeras reglas de una ciencia especial: el conocimiento de nosotros mismos. Para conseguirlo, como nosotros no podemos vernos en directo, tenemos necesidad de un espejo que proyecte sobre nosotros la luz de Dios y nos descubra poco a poco los rasgos de nuestro rostro interior, especialmente las fealdades y las deformaciones que acostumbramos a ocultarnos cuidadosamente a nosotros mismos. La meditación del Evangelio nos ofrece ese espejo que nos revela a la vez nuestro pecado y la misericordia de Dios. Comentando el Sermón, San Agustín asocia a la bienaventuranza de los que lloran viendo sus pecados manifestados por la Escritura, el don de ciencia o de conocimiento de sí otorgado por el Espíritu.

Es aquí que interviene la práctica del examen de conciencia difundido comúnmente como un ejercicio especial, a lo largo de los últimos siglos, bajo la influencia de la espiritualidad ignaciana. El examen es útil para ejercitar la vigilancia del espíritu y del corazón, y para conducir eficazmente el combate espiritual sobre puntos precisos, como un defecto que vencer, una virtud que adquirir, o para orientar la vida en general. Hoy, no obstante, convendría relacionar mejor el examen de conciencia con la Escritura en base a los textos de la catequesis primitiva, el Sermón del Señor y la *paráclisis* apostólica, que han sido compuestos en vistas a una enseñanza práctica, y que se vuelven más claros cuando se los hace entrar en la experiencia cotidiana. Bajo esta luz, el examen de conciencia adquiere además un cariz más positivo que la simple recensión de los pecados, y se orienta hacia una contemplación concreta de la persona de Cristo, ofrecida a nuestra imitación.

2- La contemplación según la virtud

La etapa de los proficientes está principalmente consagrada al desa-

rrollo de las virtudes por la iniciativa y los esfuerzos personales, junto con una experiencia creciente de la obra de la gracia. Supone en nosotros la formación del gusto por la virtud que entra en la composición de ese sabor del bien que ha dado su nombre a la sabiduría. Ésta, al principio, será practicada. Según la interpretación agustiniana de las bienaventuranzas como un camino hacia la sabiduría, esta etapa estará animada por el hambre y la sed de justicia, tal como nos lo propone el Sermón, y ocupado por el ejercicio de la ayuda de la misericordia fraternal necesaria para que nosotros mismos recibamos la misericordia de Dios. El Espíritu intervendrá por el don de piedad que nos inclina a orar al Padre, y por el don de consejo que nos dirige en los juicios prácticos. De este modo se prepara la purificación del corazón, indispensable para la contemplación.

Esta es la etapa en la cual se desarrolla en nosotros esa sabiduría práctica que es la virtud de la prudencia, al servicio de la caridad. Ella se elabora en los juicios concretos, en el examen de los casos presentados, en las deliberaciones, los consejos y las decisiones, aplicando los criterios que nos propone el Evangelio, en donde predomina una caridad juiciosa, según los ejemplos de casos resueltos por San Pablo en la *Primera Carta a los Corintios*.

Al mismo tiempo, la mirada sapiencial se eleva lentamente por la contemplación de las obras de Dios, por la consideración de los beneficios de su gracia en nuestra vida y a nuestro alrededor, en la Iglesia y en la historia, como lo muestra San Agustín en sus *Confesiones* respecto a su vida personal, y en *La ciudad de Dios*, donde discierne, en el fondo de la historia de este mundo, la lucha entre dos amores: el amor de Dios hasta el olvido de sí y el amor de sí hasta el desprecio de Dios.

3- La contemplación del misterio de Cristo

Para atravesar el velo de los acontecimientos, como lo hace el obispo de Hipona, es necesario haber recibido el don de inteligencia prometido a los corazones puros, el poder de «leer en lo interior», de penetrar en la profundidad de los hechos y de las conciencias para detectar la presencia de Dios detrás de sus gracias y favores, como también bajo los sufrimientos que nos sobrevienen y los acontecimientos tal vez desconcertantes. Así pues, la sexta bienaventuranza, que aporta la curación de los ojos del cora-

zón, nos introduce en una contemplación superior, capaz de acoger la luz de Dios en toda su fuerza, como así también de soportar la tiniebla sin desfallecer. Esto es lo propio de los «perfectos», de los «hombres espirituales» que se alimentan con la sabiduría del Espíritu, según San Pablo.

Esta última etapa asocia la madurez de la caridad a la sabiduría, de la cual habla el Apóstol a los corintios precisamente antes de presentarles el *ágape* como el mejor don. En el mismo sentido, Agustín vincula el don de la sabiduría con la bienaventuranza de los pacíficos, que son llamados hijos de Dios porque ellos irradian esa paz que es el fruto directo de la justicia y de la caridad, y que marca el culmen del itinerario espiritual.

Es aquí que lleva ventaja la vida contemplativa según las modalidades de las diversas vocaciones. Bien lo expresa san Pablo cuando declara a los Filipenses: *Y más aún, juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor... Así debemos pensar los que somos «perfectos»* (3, 8.15). Es igualmente aquí que los temas de la amistad y del amor conyugal, utilizados por los teólogos y los místicos para tratar de la caridad, alcanzan su plenitud y con frecuencia estallan bajo la presión de ese amor superior.

La aspiración sentida por Pablo de *estar con Cristo*, es tan fuerte que ella parece cuestionar su trabajo apostólico. Él no resuelve la «alternativa» abandonando su deseo contemplativo, como podría creerse cuando concluye que *quedarme en la carne es más necesario para ustedes*, sino porque él sabe que el conocimiento de Cristo es difusivo y alimenta directamente su labor de apóstol. Llegada a su madurez, la sabiduría contemplativa, como lo hemos visto respecto a la caridad, es aptísima para comunicarse por la predicación, por la enseñanza, por la ayuda espiritual, según el ejemplo de los Padres y de los santos, como Agustín cuyas homilías ponen al alcance de los fieles los frutos de su búsqueda contemplativa más elevada, o Tomás de Aquino que compone para los que se inician en las ciencias sagradas su obra teológica más acabada, según el adagio que gustaba citar para definir la vida apostólica: *«Contemplata aliis tradere*. Entregar lo contemplado a los demás».

4- Una contemplación en la fe

Terminaremos esta consideración del camino de la contemplación cris-

tiana subrayando una característica única: es un mirar que procede de la fe y toma por objeto lo invisible que ésta le propone. Por lo tanto, la contemplación debe volver sin cesar a la humildad del acto de fe como a su fuente; y allí, en la fe, permanecerá hasta el fin, pues su propia luz le viene de más arriba. Es un mirar en la noche hacia el misterio de Cristo que ya la ilumina con un primer rayo, lo bastante fuerte como para desviar su atención de los vivos relumbrones del mundo y levantarla, enhiesta y con el corazón vigilante, en la esperanza de Aquel que viene.

La contemplación cristiana avanza como un alpinista por una cresta viva; debe dar, sin cesar, el paso de la fe para mantener un firme equilibrio e ir avanzando. Por un lado, nosotros experimentamos la atracción de la Palabra de Dios que ilumina los ojos y conmueve el corazón, que guía y sostiene; pero nos hace marchar en la oscuridad de la fe, bordeando el vacío. Por otro lado, se impone a nosotros la masa de las realidades del mundo que la ciencia trata de dilucidar y organizar a su modo mediante el trabajo de la técnica; pero nos da la impresión de que sólo existe la materia y que no hay otra forma de contemplación que el frío escrutar de la razón. Por una parte, recibimos una gran promesa: la esperanza y la alegría de conocer a Aquel que nos ha amado primero, aunque sea necesario, siguiéndolo a Él, aceptar la renuncia a sí mismo, significada por la Cruz. Por otra parte, el presente nos acapara con sus preocupaciones y busca seducirnos con los placeres y las comodidades que nos ofrece, pero está minado por el sentimiento de la fragilidad de las cosas y de la fugacidad del tiempo. Por un lado, el vacío que prepara la plenitud del corazón, la noche que desemboca en la luz; por el otro, el hartazgo de las cosas que lleva al vacío, la refulgencia de una luminosidad que ciega y entenebrece el alma. Uno tiene ganas de decir: por una parte, el ser de la materia que no es, y por la otra, el no-ser del Espíritu, que *es* y que nos hace *ser* por la fe. Toda la cuestión está en nuestro corazón y en nuestros ojos: ¿hacia dónde se inclinará nuestra voluntad, en dónde fijaremos nuestras miradas? ¿Qué eligiéremos? ¿Qué contemplaremos? La vida espiritual depende toda ella de este punto de partida y de la paciente marcha a la luz de la fe que lo seguirá paso tras paso.

*Albertinum Square Desplaces, 2
1700 Fribourg
Suiza*